



TIERRA SALVAJE

LA
MADRESELVA

CENTRO RESIDENCIAL DE MUJERES

TIERRA SALVAJE, 2019
Primera edición: marzo de 2019.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Está oscuro y hace frío, mucho frío. El agujero es húmedo, hondo y estrecho, una especie de pozo de tierra mojada en el que a duras penas quepo. Me acurruco sujetándome las rodillas, cierro los ojos y meto la cabeza entre las piernas. Una gota fría cae por mi espalda desnuda y se desliza hacia abajo hasta que inesperadamente cambia el sentido y sube cosquilleando hacia mi nuca, lo que hace que mis dientes chirríen. Un escalofrío me recorre al comprender que la supuesta gota tiene patas. Oh, Dios, Dios, ¡Diooos! Por favor, por favor, no... Otras gotas siguen cayendo sobre mi piel y mi pelo. No hay suficiente espacio para sacudirme, no hay salida y grito histérica hasta quedarme sin voz.

Voy a volverme loca aquí dentro... No sé cuánto tiempo llevo aquí, puede que sean minutos, horas, días... No es sólo el hambre, la sed y el frío. No es sólo el dolor de huesos, los calambres en las piernas, la humedad, el olor, la suciedad y los bichos. El agujero es un castigo para el cuerpo, sí, pero también es un suplicio para el alma. La soledad y el silencio me angustian, son como una losa sobre mí. Pero, aunque me tenga que pudrir aquí dentro, aunque muera por fuera y rabie por dentro, volvería a hacer lo mismo. Al menos tenía que intentarlo.

Me pregunto por qué no me la puedo quitar de la cabeza. Hoy es jueves, día de visita, así que ya sé lo que estará haciendo... Me la imagino tal y como la vi aquella vez, desnuda, acariciando a aquella chica, su novia, y siento como si miles de bichos corrieran por mis venas para roerme el corazón. Tengo que intentar liberar mi mente pensar en otra cosa, en tiempos mejores, antes de entrar en este antro, cuando mis uñas no estaban sucias y rotas, sino que lucía una cara manicura francesa. Eran tiempos mejores, apenas ha pasado un mes y parece que hayan sido años...

Eran tiempos de playa, fiestas, modelitos de pasarela, coches rápidos y diversión continua. La «dolce vita» de la niña de papá que, desencantada de todo, con apenas diecinueve años, en la última fiesta se colocó tanto que no recordaba con quién o con quiénes acabó follando. Así era yo.

No podría decir que fuera realmente una niña inocente. Mi señor padre, dueño de una gran cadena de productos cárnicos porcinos, vino un día a mi habitación, me miró con esos ojos fríos de animal muerto y me dijo que ya

estaba harto, que cerraba el grifo. Violeta le acompañaba. Llevaba en sus manos la bolsa de hierba y pastillas que me habían confiscado tras un registro exhaustivo en mi dormitorio.

Violeta no es mi madre, es la nueva esposa florero de mi padre. Tras el divorcio de mis padres, causado por la fuga de mi madre con su monitor de yoga, mi fabuloso, viejo y rico papá se convirtió en la presa de caza de muchas putillas caza fortunas. Hubiera pensado que Violeta era también una de ellas, pero no. Resulta que Violeta es de una buena familia conservadora y con recursos; es una treintañera culta, alta, remodelada hábilmente por la cirugía plástica, la típica tía refinada y guay que se dedica a labores filantrópicas de todo tipo... A mí me da grima. No sé, esos labios recauchutados, sus tetas de silicona, las uñas de porcelana... todo en ella parece postizo. Para hacer honor a la verdad, Violeta nunca se portó mal conmigo en casa, todo lo contrario. Su extrema amabilidad y sus demostraciones de simpatía hacia mí eran lo que me sacaba de quicio. Bueno, eso y su perfume... Apestaba a lilas hasta la náusea.

La Violeta de papá, muy amable y considerada, con su mejor tono de institutriz de novela barata, fue la que propuso que debería pasar una temporada en alguna residencia femenina que ayudan a chicas con problemas y así superar mi adicción. ¿Problemas, yo? ¿Adicción? Y una mierda. Problemas los de mi padre, que sigue frecuentando a las mismas zorras de siempre, a pesar de estar casado felizmente; es un putero adicto al sexo. Problemas los de Violeta, que está enganchada al prozac y es fanática de las operaciones de cirugía plástica. ¿Y me llaman adicta a mí? ¿Pero de qué van?

No sabía yo dónde me estaba metiendo al aceptar, pero tampoco tenía otras opciones. Mi padre estaba decidido a echarme de casa sin un céntimo si no cambiaba, así que tuve que decirles que sí, que tendría que recluirme en algún centro de rehabilitación durante un tiempo. O eso o largarme a buscar a mi madre y unirme a la comuna ecológico-naturista de su nuevo novio, a plantar nabos y patatas. Ni loca.

Días más tarde todo estaba listo. Papá se fue temprano a su oficina y ni siquiera se despidió de mí. Violeta, en cambio, marcó su carmín en mis mejillas, con un abrazo tan apretado que casi me asfixia cuando metió mi cabeza entre sus exageradas tetas.

El viejo chófer de cara de palo puso mi maleta en el coche y me llevó al culo del mundo, a "La Madreselva", Centro Residencial Femenino. La

Madreselva, vista desde fuera, tenía pinta de mausoleo. Es un monasterio antiguo rehabilitado, de paredes de piedra cubiertas de enredaderas, situado en lo alto de un acantilado, lejos de toda civilización.

No sé para qué hice la maleta. Nada más entrar me despojaron de todas mis cosas: mi móvil, mi mp4, mis objetos personales... todo. No me dejaron ni el reloj. Toda mi vida fue a parar a una caja de cartón con un número de expediente escrito con rotulador en una esquina.

—Entra ahí y desnúdate —me dijo «la Oso»; la bauticé así, porque era una tipa enorme, con las mandíbulas cuadradas y el pelo corto y aceitoso, pegado a la frente. La seguí hasta el cuartito que parecía una sala médica—. Quítate toda la ropa, incluidas las bragas.

Allí había otras dos mujeres —una de pelo canoso con aires de mando y otra muy guapa y maquillada, de cabellos castaños y muy estirados, sujetos en un moño. Luego supe que la canosa era Asunción, la directora del centro; la otra, Lupe, era su mano derecha—. Ambas susurraban entre ellas, pero en ningún momento se dirigieron hacia mí. Algo molesta, me fui desvistiendo y dejé mi ropa sobre la camilla. La oso se la llevó inmediatamente, supongo que para meterla en la caja. Las dos mujeres me observaban como quien contempla a un animal de feria. No soy nada recatada, de hecho, voy a menudo a playas nudistas, pero esa manera de mirarme hacía que me sintiera violenta. Incómoda traté de cubrirme con las manos cuando llegó la Oso. Más tarde, cuando Sussú, otra interna, me dijo que ese engendro se llamaba Bella, casi me da un ataque de risa.

—Túmbate en la camilla y pon los pies en los estribos. Voy a examinarte —ordenó la Oso— Bella.

Lo hice a regañadientes, ya que supe que era un procedimiento normal. Muchas chicas intentarían entrar drogas metidas en el coño o en el culo, así que no me extrañó el registro. Lo anormal era que esa tía no se pusiera guantes para hacerlo. Antes de tratar de protestar, sentí un picotazo en el brazo. La del moño, Lupe, me había inyectado algo, algún sedante fuerte que me dejó medio grogui. Aun así, me enteré de algo de lo que decían y me hacían. Me examinaron hasta los dientes; los dedos engrasados de la oso entraban y salían de mi vagina o de mi ano. Se relamía los labios mientras lo hacía, y le brillaban los ojos, como si estuviera disfrutando con eso, la muy cerda. Me extrajeron sangre, aunque las oía decir que seguro que estaba sana.

Aunque me encontraba bastante aturdida sorprendí a Asunción, la

directora, haciendo gestos raros al espejo. Eso me recordó las salas de interrogatorios de las películas, donde los espejos son en realidad ventanas camufladas, y sentí un escalofrío. Alguien más estaba observando. Supuse que habría espejos de esa clase por todas las habitaciones, por los baños, por todas partes... Joder, qué horror...

Otras dos ayudantes de uniforme gris acudieron a la llamada de la directora y me llevaron casi a rastras a las duchas, a través de muchos pasillos. Pasamos por un corredor abierto, desde donde se veía el patio. Era como el patio de armas de un castillo, y en cierta manera ese nombre no le iba nada mal. ¡Parecía una batalla campal! Había decenas de chicas, que gritaban como locas, peleando entre sí, incluso tirándose de los pelos, con palos, redes, porras... Luego me enteré que realmente no estaban peleando. Estaban entrenando. Sussú me dijo después que esas eran "las gladiadoras", las internas con mayores privilegios de todo el centro.

Los chorros de agua helada de la ducha acabaron por espabilarme del todo. Una camiseta minúscula y raída y unas bragas fue la única ropa que me dieron.

—¿Pero de qué va esto? ¡Quiero mi ropa! ¡Quiero mi maleta! —les grité. Y no grité más, porque la bofetada que me arreó una de esas brujas casi me tira al suelo.

—Cuando te dirijas a cualquiera de nosotras, lo harás con respeto, llamándonos "señora". Esa es la ropa que tendrás de momento. Puedes tener algo mejor, pero te lo tienes que ganar, como todo. Aquí no damos nada gratis, zorrita, todo tiene su precio. Esta es Sussú, otra interna. Ella te pondrá al corriente del funcionamiento del sistema. Espero que te adaptes, colabores y no nos des problemas, o lo pasarás muy mal.

Ni siquiera había reparado en la chica que había detrás, pero es que Sussú es tan menudita... Parece una cría, es pecosa y pelirroja, aunque ya haya cumplido los treinta.

—Hola, soy Sussú. Tú eres Raquel. Lo sé. Ven conmigo al comedor y te iré explicando de qué va esto. ¿Luchas? No, no creo. No das el tipo de gladiadora, que esas son muy brutas —me miró de arriba abajo—. Guau, con un tipazo como el tuyo seguro que pronto prosperas y obtienes todo lo que quieras. Si te camelas a una carcelera, puedes tener de todo, desde ropa de lujo, bistecs, perfume, coca, «anfetas», hierba... lo que quieras. ¿Tú que te metes? ¿Eras puta? ¿Te pillaron *chanando* o trapicheando? Aquí la mayoría

estamos por conmutación de pena, un chanchullo que arreglan para descongestionar las cárceles y que nos viene bien a todas. Es mejor pasar un año aquí que en la trena, por lo menos, mientras obedezcas, no es peor que la calle.

—¿Y de qué manera puedo ganarme la ropa o la comida en este manicomio? —iba a decirle quién soy, quién es mi padre, pero preferí callar—. ¿Cómo te las arreglas tú?

—Bueno, yo soy una de las chicas de Hulkie, la gladiadora. Ella me provee, mientras le sirva. Hago lo que ella me dice y no me trata mal. A veces, si le hago una buena comida de coño, me pasa algo para colocarme... Mi chulo en la calle era peor, así que no me quejo.

—Joder... ¡Yo no voy a ser la puta de nadie! —me indigné—. ¿Y las luchadoras esas?

—¿Es que no has visto la peli de *Gladiator*? Joder, tía, pues eso. Como un puto circo romano. En el sótano está el ruedo y las gradas para el público. Con el espectáculo y las apuestas, esta gente gana una pasta, y las vencedoras del torneo se llevan un buen tanto. No es el pressing catch femenino, no, con esos golpecillos de chufla apañados donde no se rompen ni una uña. Esto es real; son peleas súper brutales de tías buenas y en pelotas, todo de extranjis, claro... Está de moda ahora. Lo pagan muy bien, a los ricachones les encanta, y mientras más sangriento, mejor. ¿Sabes bailar? También es una opción. Puedes bailar en una de las jaulas, en la sala de recreo para los clientes. Si te eligen para una sesión privada es una caña. Puedes tener de todo, entonces.

—Pero eso es... ¡es prostitución y peleas ilegales! Esto no es normal. ¡Esto es un antro de mierda! Y yo que estaba preocupada por si me metían en un convento de monjas puritanas y... ¡esto es Sodoma y Gomorra! ¡Yo me largo de aquí! ¡Y una mierda me quedo aquí!

Se presentaron inmediatamente en las puertas del comedor. Una me agarró desde atrás, mientras la otra me arreaba otro pinchazo. Desperté en una habitación acolchada. La directora de La Madreselva, la señora Asunción me estaba mirando con cara de limón agrio. Mi expresión tampoco es que fuera menos ácida.

—Cuando mi familia se entere de esto, me va a sacar de aquí... Si me ponéis una mano encima o me volvéis a drogar, os denunciaré y... —y no me dejó terminar.

—Las reglas del centro incluyen un periodo de tres meses de

incomunicación con la familia, así que no tienes a nadie a quien acudir... Aunque, mira niña, entre tú y yo, las dos sabemos que a tu madre no le importas en absoluto, y que tu padre está tan harto de ti que es un alivio librarse de todos los problemas que le causas. Por esa razón estás aquí. Las demás se adaptan, saben que es lo mejor para conseguir lo que quieren. Todas necesitan algo, todas tienen algo que ofrecer a cambio... Es la ley de la oferta y la demanda. Yo sabía que tú eras un caso especial, una nena de papá, pero también acabarás comprendiendo que no vale la pena rebelarse. Y, además, si contaras cualquier cosa rara, nadie te creería. Nadie cree a una yonki.

—¡Yo no soy una yonki! ¡Quiero salir de aquí! —le grité abalanzándome contra ella.

Al momento entró Bella y Lupe con una jeringuilla. Mientras la una me inmovilizaba, la otra me inyectaba.

—No, ahora no eres una yonki, pero si sigues así, acabarás siéndolo, y te aseguro que un chute de morfina no es lo peor que te puede pasar si no te portas bien.

Todo se volvió turbio después, y así me quedé, no sé cuánto tiempo, en esa neblina, abrazada a la falsa calma de la química.

Como Sussú me advirtió, allí nadie me iba a regalar nada, así que me tuve que adaptar. Si quería comer, o cambiarme de bragas, o tener una pastilla de jabón, o un simple rollo de papel higiénico, me lo tenía que ganar. Y como no estaba dispuesta a liarme a hostias en un circo para divertir a unos degenerados, ni en ser la "chica" de nadie, no me quedó otra que dedicarme a limpiar la mierda de los demás, pero no se me cayeron los anillos al coger la fregona. ¿Y por qué no se me cayeron? ¡Pues porque esas malditas cabronas me los habían quitado todos y estaban en una caja!

Mi primer día limpiando fue agotador. Estaba realmente famélica cuando entré al comedor. La sala era grande y había un buffet donde cada interna agarraba un plato y se ponía a la cola. El aspecto de la comida era realmente apetitoso... Mmm... Había de todo y yo me estaba muriendo de hambre. Cuando llegó mi turno y le indiqué a una de las cocineras el filete jugoso, ésta me miró riendo.

—Eso es lo que te corresponde, guapa... — y plantó en mi plato un cazo de una especie de pasta pringosa.

—Claro, donde se ponga este manjar, que se quite la ventresca de caballa

con salsa teriyaki de *El Bulli* —contesté, con ironía, al ver ese engrudo asqueroso.

Cuando me dirigía hacia una mesa, me fijé en una rubia enorme, una especie de cruce entre *Pamela Anderson* y *Hulk Hogan*, que me hacía gestos para que me acercara y me sentara a su lado. En esa mesa estaba Sussú, así que deduje que esa rubia macizorra era Hulkie.

Antes de llegar a su mesa, algo me embistió desde atrás y me hizo caer de bruces. Se oyó un coro de risas y unos brazos fuertes me voltearon. Entonces la vi sentada sobre mí. Era una morena de aspecto salvaje, con el rostro bronceado y unos dientes blancos que resaltaban en su cara al reírse.

—¿Quién coño eres tú, patosa? —dejó de reírse y su gesto se endureció.

—Raquel, me llamo Raquel. Es un placer conocerte. Disculpa que no te dé los dos besos de rigor, pero en estos momentos estás sentada sobre mis tetas y no puedo casi ni respirar...

Alucinante... Le estaba vacilando a una tía que podría estrujarme con un solo dedo. ¿Es que me había vuelto loca?

—Sonia, déjala, no seas bruta —se acercó Hulkie—. Raquel estaba a punto de sentarse en mi mesa y convertirse en una de mis chicas ¿no es cierto, nena?

—¿Te la quieres follar? — le preguntó Sonia, aún encima de mí, sin soltarme, impidiendo que yo hablara.

—Está buena... Y está libre —contestó Hulkie, haciéndome un gesto obsceno con la lengua—

—No, no está libre. Es mía. Yo la vi primero —replicó Sonia de nuevo, tapándome la boca, sin darme tiempo a protestar.

—Oh, venga, Sonia... Todas sabemos que tú no te lías con nadie... que tienes novia formal que te visita en un bis a bis todas las semanas —siguió insistiendo Hulkie, con cara ya de mala hostia.

—Es que no la quiero para follarla, sino para joderla, que es bien distinto... Tú tienes varias protegidas que te sirven.... ¿Es que acaso yo no puedo tener una sirvienta a la que poder putear? Desde ahora *la Patosa* es mía.

Hulkie miraba a Sonia con cara de odio, de sus ojos salían chispas. Disimuladamente varias guardias se habían acercado por si se armaba follón, sin embargo, Hulkie apretó los dientes, aunque se retiró murmurando que eso no quedaría así.

—Cállate, no digas nada, estúpida, y sígueme sin protestar —me instó Sonia.

Recogí el cazo y la bandeja del suelo. El puré de engrudo estaba tan pegajoso que ni se había derramado siquiera. Lo dejé sobre una mesa y seguí a Sonia hasta su habitación. Las internas con mayores privilegios, gladiadoras como Sonia o Hulkie, tenían dormitorios privados, las demás dormíamos en catres en una sala común. Nada más llegar a su cuarto, me tiró de nuevo al suelo, se puso sobre mí y me agarró del pelo.

—Y ahora dime quién coño eres o te juro que te arranco esas caras extensiones de cuajo —su mirada era tan feroz que daba verdadero pavor—. Aquí son todas chicas de barrio bajo, poco cultas, lo habrás notado, nadie sabe qué mierda es una ventresca de caballa, ni la salsa teriyaki, ni conoce el restaurante *El Bulli*, uno de los más selectos de este país, así que a mí no me engañas, zorra, dime quién coño eres y qué estás haciendo aquí.

Le conté todo sobre mí. Contesté a todas sus preguntas. Toda mi chulería de momentos antes se había desinflado de repente. Estaba tan acojonada que no podía remediar que me temblara la barbilla y que me cayeran las lágrimas.

—O eres una actriz de Óscar o me estás diciendo la verdad —concluyó al final—. Aun así, esto es demasiado raro. No me fio un pelo. ¿Qué hace una pija como tú en un sitio como éste? Las niñas de pelás van a centros de lujo, no vienen aquí.

Finalmente me soltó el cabello y se me quitó de encima.

—De momento —siguió hablando—, lo mejor es que te quedes aquí, como mi protegida, no hace falta que me des las gracias... Pero te voy a estar vigilando, harás lo que yo te diga, así que no me jodas o me las pagarás, Patosa.

Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano. Tenía tanta rabia... Odiaba haber llorado, haber sido tan débil como un conejillo asustado delante de esa... de esa Sonia. Vale que esa Sonia tenía pinta de asesina, pero, aun así, me odiaba a mí misma por ser tan blandengue, tanto como detestaba a esa bruja de tetas grandes y cara morena.

—No, de eso nada, no pienso dormir aquí contigo —conseguí por fin articular cuando me puse de pie, simulando una valentía que no tenía—. No soy tuya ni soy de nadie. Prefiero comerme esa mierda de puré pringoso, pero ganármelo yo, que aceptar nada tuyo.

Soltó una carcajada. La sonrisa de anuncio de dentífrico volvió a

iluminar su cara morena y sus ojos chispeaban divertidos.

—¿Te me vas a poner *gallita*, cuando te estoy haciendo un favor? Imagina que te libero... Hulkie se ha fijado en ti y te puedo asegurar que es una tía que no acepta que le lleven la contraria.

—Yo no soy lesbiana —protesté—. No tengo nada en contra, pero yo no lo soy. O sea, sí, esa vez en la pista de baile sonaba la canción de «*I kissed a girl*» de Katy Perry, y he de confesar que mi amiga Carolina y yo nos besamos en la boca y estuvimos sobeteándonos a tope, pero fue para llamar la atención de Borja... y no es que no fuera agradable, que Carolina besaba muy bien y cuando le metí la mano bajo la blusa, los pezoncillos...

—¿Te quieres callar! Oh, Dios... Hablas demasiado, qué suplicio... ¿Crees que lo que tú seas o no seas le importa algo a Hulkie o a mí? Las vigilantes no harán nada por ti, así que serás su puta, quieras o no quieras... Deberías ver su colección de arneses, jajaja. Me da que pensar que las noches en su dormitorio podrían ser mucho más moviditas que en el mío. Si es eso lo que quieres, adelante, Patosa, lárgate...

Evidentemente, en vista de lo que me esperaba, no me moví del sitio.

—Pero si te quedas, entérate: aquí yo mando y tú obedeces —sus ojos volvieron a ser duros y fríos como el hielo—; y no te equivoques conmigo, que no eres tú quien me rechaza a mí, pero ¿tú qué te has creído? No eres mi tipo. No me gustas. En ningún momento he pensado en compartir contigo mi cama. Si decides quedarte, duermes en el suelo, imbécil.

Me jodía aceptar que la muy zorra tenía razón y que, pese a todo, realmente me estaba haciendo un favor... pero en el poco tiempo que había pasado en La Madreselva, yo ya había aprendido que allí nadie daba nada por nada.

—¿Y tú qué ganas con esto? —le pregunté inquieta, ya que por lo pronto lo único que había conseguido Sonia era enfrentarse a Hulkie, y esa mole rubia tenía pinta de vengativa.

—Pues... —se encogió de hombros—. Una sirvienta a quién dar órdenes y putear de vez en cuando, y...

—Y tenerme vigilada, porque no crees lo que te he contado y no te fías de mí.

—Exacto, ni me gustas, ni me fío de ti. Ahora he de irme a entrenar, venga, vamos, ven conmigo.

Dudé durante unos segundos, porque algo no me cuadraba. Yo seré un

poco pija, pero Sonia no era tan palurda o callejera como quería dar a entender, ya que conocía también la salsa teriyaki de *El Bulli*. Sólo de pensar en la comida y el estómago me rugía de hambre; no había probado nada en todo el día. Finalmente decidí callarme y seguirla, aunque yo tampoco me fiaba ni un pelo de ella.

En cuestión de días había pasado de ser princesa a criada... Más que criada, escudero, porque eso es lo que era. La insignificante escudera de la gran guerrera: "Trae esa espada, cállate, quita de en medio, dale con cera a mis botas, cállate, saca brillo a ese escudo, cállate, siéntate, no molestes, limpia ese peto, cállate..."

Comprendo que a veces hablo demasiado, sobre todo cuando estoy algo nerviosa, pero es que no estoy acostumbrada a que me den órdenes. Intenté estar calladita y hacer las cosas como ella quería, pero Sonia nunca estaba contenta. No perdía la oportunidad de ridiculizarme o insultarme delante de las demás luchadoras. Me ponía la zancadilla sólo por el placer de verme caer, llamarme Patosa y que todas se rieran de mí.

En el patio de armas, en los entrenamientos, el ambiente estaba muy tenso entre Sonia y Hulkie. La preparadora lo sabía, por eso las mantenía bien separadas. Sussú, que se enteraba de todo, me dijo que corría el rumor de un próximo enfrentamiento de ambas en el coso, que sería bastante sangriento para mayor deleite y morbo del público asistente. Tal vez por eso Sonia estaba algo nerviosa y lo pagaba conmigo. No es que yo no estuviera bien alimentada y vestida, no me pegaba, salvo algún ligero tirón de pelo o algún empujón, pero me humillaba a todas horas sin tregua. Y lo peor no era eso. Lo peor venía después, en su dormitorio, cuando estábamos a solas...

No. Nunca me tocó. No me forzó a hacerle nada, no me hizo nada... De hecho, eso era lo peor. Yo suelo ser el alma de la fiesta, el centro de atención de todo el mundo. No estaba acostumbrada a que alguien me ignorara y eso hacía ella. Pasaba de mí completamente, como si yo no estuviera allí. No me hablaba ni dejaba que le hablara yo a ella. Se ponía a leer, o a jugar con su PSP, y yo allí, sentada sobre mi manta, en un rincón en el suelo, sintiéndome como una mierda, una mierda invisible. Entonces la odiaba todavía más.

—Mañana es jueves —me dijo una de esas noches, rompiendo su silencio—. Todos los jueves viene mi novia a verme. Tú te quedarás aquí, sin salir. ¿Me has entendido?

—Sí, claro. Entendido. Yo me quedo aquí. Uy, qué suerte, poder tener visitas... yo no puedo ver, ni comunicarme con nadie hasta pasados tres meses, eso me dijo la directo...

—Sssshh... —se llevó el dedo a la boca, me mandó callar y siguió leyendo su libro.

Joder, cómo la detestaba...

Evidentemente, el jueves por la noche no me quedé en la habitación. Estaba harta de estar sola y Sussú me dijo que podríamos hablar un ratito o ir a la sala comunitaria, donde había al menos una televisión para pasar el rato y los jueves echaban el programa de «Gran Hermano».

En cuanto salí comprendí mi error. Fuera no estaba Sussú. En el extremo del pasillo estaba Hulkie esperándome. Las vigilantes y las demás internas habían desaparecido como por arte de magia y esa enorme valquiria que desayunaba esteroides venía hacia mí con insanas intenciones. Pensé que, "de perdidos, al río", así que eché a correr como una loca pasillo arriba, doblé la esquina y seguí corriendo por un laberinto de pasillos... hasta llegar a una puerta cerrada.

Estaba aterrorizada, oía los pasos de la Hulkie acercándose a toda velocidad. Afortunadamente había una ventana abierta. Podía haberme matado, pero en ese momento no me lo pensé, porque además de estar loca, soy ágil como una gata... así que desde allí salté hacia el alféizar de la ventana contigua. Entré en un pequeño cuarto. Iba a salir por la puerta, cuando vi el pomo moverse, así que volví atrás rápidamente y me oculté tras las cortinas. Alguien entró y encendió la luz. Recé confiando en que el tejido fuera lo bastante tupido para que no se me viera con la luz encendida. Ni siquiera respiraba por miedo a que me descubrieran. Al cabo de un rato empecé a oír unos suspiros y gemiditos. Me asomé un poco por la apertura de las cortinas y la vi de espaldas a mí. Era la enfermera Oso. Estaba sentada frente a un ordenador, con las piernas abiertas y su mano entre ellas. Estaba masturbándose.

Entonces vi en la pantalla lo que la estaba excitando de esa manera. Reconocí a Sonia. Una Sonia con el cabello alborotado sentada sobre una cama. Parecía una diosa griega, con ese cuerpo perfecto, algo musculado, pero a la vez femenino y voluptuoso. Ya la había visto en ropa interior, pero nunca la había visto así... Estaba resplandeciente. Sonreía mientras se quitaba el sujetador negro y blanco de encaje. Dejó al descubierto sus pechos opulentos,

en los que destacaban unos pezones castaños erguidos. Sonrió, agitó su cabellera oscura y su belleza fue cubierta por otro cuerpo femenino desnudo. Su novia: una chica algo más menudita de la que sólo podía ver su espalda, su culo y su cabello rubio recogido en una cola de caballo.

Yo he visto escenas lésbicas en películas porno y nunca me han llamado la atención, tal vez porque lo que hacen las actrices porno no es real, no parece real... No sé. El caso es que ya no pensaba en mi situación de peligro escondida en ese cuarto, ni en la proximidad de la Oso que podía descubrirme en cualquier momento, ni en Hulkie siquiera... No podía pensar... me era imposible apartar la mirada de esa pantalla, estaba como hipnotizada.

Sus labios se unían, besándose con pasión, primero fue lengua con lengua, luego labios con piel...

Y yo deseé ser esa boca, la que exploraba, la que degustaba con deleite el sabor de sus pezones castaños. Apreté los puños, rabiosa por no ser esas manos que deslizaban las braguitas y acariciaban el fino vello de su pubis. Acabé muriendo por no ser esa lengua, la que saboreaba cada palmo de su piel, la que despertó cosquillas en su vientre y la hizo reír; la que rodeó sus pezones de nuevo, y la hizo jadear; la lengua que tanteó sus ingles, removió sus labios, descubrió su clítoris y la hizo gemir de placer. Y en ese punto, en el punto en el que Sonia gemía con una mano agarrada a la coleta de la chica, se hizo todo negro.

La Oso sacó la mano de entre sus piernas y cerró el reproductor del pc rápidamente al oír que llamaban a la puerta. Era Lupe, la ayudante de la directora. Se saludaron y comentaron tonterías. Se me estaban durmiendo las piernas de estar tanto rato sin moverme, toda yo me estaba durmiendo del aburrimiento, hasta que la conversación empezó a hacerse más interesante...

—Los juegos se han organizado para el último viernes del mes, Bella —afirmó Lupe—. Ten la enfermería preparada, porque esta vez sé que serán bastante sangrientos.

—Sonia y Hulkie se enfrentarán, ¿verdad? Era de esperar...

—Sí, pero eso me trae sin cuidado. Si alguna de esas cae, deshacerse del cadáver no es difícil y nadie hace demasiadas preguntas. Ya lo hemos hecho antes...—puso voz profesional — "Salió del centro hace una semana... Qué lástima, morir en una pelea callejera, tan joven como era..."

—Sí — acordó la Oso—. Son todas unas don nadie, la que no es puta, es una drogata...

—Ya, pero es la otra, la Patosa, la que me preocupa... Esa es una niña de clase alta. En este caso sí que puede haber una investigación policial en toda regla, con la presión de su poderosa familia.

—Pero la jefa...

—La jefa nada —la cortó Lupe—. La jefa la quiere muerta, y encima, nada discreto, no... Lo que quiere es una sesión privada con la chica y luego una muerte en el foso, montar un gran espectáculo de circo romano, con leones incluidos... y aquí, como no hay leones, pues perros—lobos hambrientos. Joder, ¿Cómo va a poder tapar eso? Podríamos tirarla por el acantilado y punto. Ha desaparecido. Y si encontraran su cadáver... pues habrá sido un accidente, tenía la mente perturbada... querría escapar y, claro, cayó... Sería jodido, pero mucho más seguro. Esto no me gusta nada... Pero nada de nada...

Siguieron hablando un ratito más, hasta que Lupe se despidió. La Oso sacó entonces el pen—drive del ordenador y lo guardó en el primer cajón del escritorio, cerrándolo con una llave. Luego salió del cuarto. A mí me temblaba hasta el alma. Tuve que respirar profundamente varias veces porque sentía que me mareaba. Tenía las piernas rígidas. Cuando me tranquilicé un poco, volví a saltar de nuevo por la ventana hacia el corredor y giré hacia el pasillo de las habitaciones. Hulkie no estaba por allí ni me crucé con ninguna otra interna hasta llegar a mi habitación. Bueno, mi habitación no, la de Sonia.

Y allí estaba Sonia. Se levantó de un salto en cuanto me vio y pensé, por la expresión de su cara, que me iba a abofetear por haberla desobedecido. A esas alturas, ya todo me daba igual. En un par de semanas iba a terminar convertida en pienso Purina, comida para perros. Iba a morir y devorada por lobos... Me volvió a entrar el mareo de nuevo. Oía a Sonia gritarme airada, pero ni la escuchaba. Por fin se calló y me dejó en paz.

Esa noche soñé con Sonia, diosa desnuda, que se convertía en lobo y me arrancaba el corazón para devorarlo. Me desperté gritando, como lo haría en tantas otras noches en las que, en cuanto cerraba los ojos, volvía a tener pesadillas. Intentar escapar de ese castillo en lo alto del acantilado era imposible, pero al menos tenía que intentar algo.

Los días siguientes estuve mucho más patosa que de costumbre. No necesitaba que Sonia me empujara para que las cosas se me cayeran de las manos. Temblaba como una hoja y apenas comía. Ella se dio cuenta y no dejaba de indagar para averiguar qué me pasaba.

Primero fue un tercer grado, Sonia me interrogaba como un general de la

Gestapo, hasta que llegaba el momento en que yo ya no podía más y estallaba llorando. Como vio que ponerse dura no daba resultado y yo no soltaba prenda, comenzó otra táctica, en plan "amable", como si fuéramos colegas, amiguitas del alma... Lo cual me ponía todavía más nerviosa. ¿Qué le iba a decir? ¿Qué había averiguado que me iban a matar, que se me iban a comer los perros? ¿Para qué? ¿Para qué se burlara de mí? Eso sí que no... No podía confiar en nadie en esa jungla, así que me quedé calladita, ideando un plan de fuga.

Sonia se olía algo, por eso no me dejaba a solas ni a sol, ni a sombra. El único momento que podría tener libre era el jueves, cuando ella tenía el vis a vis con su novia.

Por fin llegó el jueves, pero empezamos mal, ya que Sonia me encerró con llave en la habitación, pero una puerta no iba a detenerme habiendo ventanas. Salté de ventana en ventana hasta alcanzar la primera que estaba abierta. Entré en otra habitación. Sin detenerme, salí al corredor. Bendito Gran Hermano, que congregó a toda la peña en la sala de la tele. No había nadie por las habitaciones ni en los pasillos. Repetí la operación del jueves anterior y me colé en el cuartito de la Oso. ¡Bien! Estaba vacío. Hasta ahí llegaba mi brillante plan de fuga... Lástima no haber prestado demasiada atención a la serie *Prison Break*, que bien me hubiera servido. Pero allí no había conductos de ventilación ni nada parecido por donde colarme, entonces en cuanto salí del cuarto y doblé la esquina por un pasillo, me tropecé con la Oso, que me atrapó con sus garras y a la mierda mi fabuloso plan.

Como sé que todo el mundo pensaba que yo era idiota, no me fue difícil hacerme más la idiota.

—Yo sólo quería algo para colocarme... —me puse a berrear, cayéndome hasta la baba—. Necesito algo, dadme algo.

La directora Asunción me miró con asco y luego, murmurando algo como "yonkis de mierda", ordenó a sus ayudantes que me llevaran al agujero.

Y aquí estoy ahora, atrapada en este agujero. Todo este centro es un agujero podrido, lleno de bichos, bichos malos, como Asunción, Lupe, la Oso, Hulkie... como Sonia... Un agujero lleno de mierda del que no voy a salir viva.

Intento abrir los ojos, pero me pesan demasiado. Noto el sabor de un zumo dulce y fresco en mis labios y bebo con ansia. Siento unas manos fuertes

que me cogen en brazos y me sientan en una silla, ya que casi no me tengo en pie. Luego, el agua cálida cayendo sobre mi cabeza y mi piel. Abro los ojos. Estoy en la ducha con Sonia.

—Cierra los ojos, que te voy a lavar la cabeza. Lo siento, he tenido que cortarte el pelo. Las extensiones se te habían enredado y tenías el cabello como estopa, con algún que otro bicho correteando por allí, así que he tenido que cortar.

Su tono de voz es distinto, no es burlón ni autoritario. Casi diría que es dulce. Sus manos bruscas que me dieron tantos pellizcos, palmadas y empujones reprendiéndome, me sorprenden por su delicadeza. Puedo sentir sus dedos frotando mi cuero cabelludo con tanta energía como suavidad. Después, esas manos untadas con gel pasan sus palmas sobre mi cuello, mis brazos, mis axilas... Me siento tan avergonzada porque me vea así, tan... tan sucia y vulnerable y maloliente y horrible que se me saltan las lágrimas.

—Tranquila, nena... Shhh... No te asustes, cielo, que ya pasó todo, ahora estás a salvo. No te preocupes por nada, que ya estás conmigo...

Sus palabras son como un bálsamo que cae sobre mí, limpiando en mi alma cualquier temor, tal y como sus manos suaves siguen limpiando mi piel. Ahora las noto pasar sobre mi espalda, y desde atrás, frotan mis tetas y mi vientre. Dejo escapar un suspiro al sentir sus dedos en mis pezones.

Abro los ojos y tengo a Sonia arrodillada frente a mí, enjabonándose los dedos de los pies. Lleva puesto un camisoncito blanco de algodón, tan empapado que se le transparentan las tetas. Aguanto la respiración, mientras sus manos suben por mis muslos y llegan a la entrepierna; allí sus dedos enjabonados se entretienen abriendo pliegues y friccionando con sutileza, cuando lo que yo deseo es que esos dedos me invadan, me llenen... y me muerdo los labios por no gemir, al verla con ese camisón, tan pegado a su piel que sobresale en la fina tela el volumen de esos pezones que desearía acariciar y lamer, calmando la sed que me consume.

El agua se desliza sobre mi cuerpo, sobre mi cabeza, mi boca... pero no tengo sed de agua, sigo teniendo sed de Sonia y de sus manos sobre mi piel.

Me envuelve en una toalla, me toma en sus brazos de nuevo y me deja caer sobre la cama. Cuando vuelve del cuarto de baño, lleva puesto un albornoz y sostiene un tarro de crema.

—Tienes los músculos rígidos —me dice, peinando con sus dedos mis cabellos húmedos—, así que voy a darte un masaje para desentumecerlos.

Relájate, muchacha, que estás muy tensa.

¿Tensa? Lo que estoy es excitada. ¿Cómo podría relajarme sintiendo sus manos aceitadas de nuevo por mi piel? La sed interior vuelve a ser insoportable. Sus manos alivian mi cuerpo, pero torturan mi espíritu. Las yemas de sus dedos se deslizan sobre mí y son como ascuas que me abrazan. Me arde la piel del ansia febril que me atormenta, mi sexo desespera en ese fuego, derretido de deseo, y se me evapora el poco sentido común que me pudiera contener. No puedo soportarlo más...La deseo tanto, tanto, tanto... que mi mano agarra la suya y la conduce hasta mi coño.

Sonia me mira aturdida sin decirme nada. En sus ojos veo el brillo intenso de una inminente revolución que acaba venciendo a la calma, pero no hay una reacción brusca, ni burla, ni desdén, como yo estaba temiendo.

Mi diosa se viste de Venus quitándose el albornoz, y me abandono en la íntima calidez de su cuerpo desnudo y de sus besos. Sus labios son la pulpa sabrosa de un fruto exquisito en los míos tan sedientos; su lengua, un oasis que inunda mi desierto y me hace florecer. La boca de Sonia juega con mis pezones y mi mente es torbellino, sus dientes mordisquean y nuestra respiración es un jadeo anhelante.

Tiemblo cuando sus labios besan mi vientre, mi ombligo y mi pubis... Mi coño palpita al sentir sus dedos deslizarse dentro, entrando y saliendo sin detenerse, y en el momento en que su lengua maravillosa comienza a acariciar mi clítoris, el torbellino se convierte en tornado y me corro embriagada en la espiral del placer, gimiendo convulsionada en la inmensa dicha de la lujuria y, agotada, sintiendo esas últimas contracciones de gozo, me quedo dormida.

Quiero pensar que fue cierto, que esa noche los labios de Sonia me abrieron las puertas del paraíso, sin embargo, cada vez estoy más convencida de que el cansancio y la sed que pasé en el infierno del agujero me provocaron alucinaciones. Supongo que sólo fue un bonito sueño. No sé qué pensar, porque lo viví tan real...

Tal vez ocurrió de verdad y Sonia me ignora de nuevo porque, bueno, ella tiene novia y claro, no querrá complicarse con otra historia, o es posible que yo le diera lástima, me encontraba en este estado tan patético, aunque... ¿sexo por compasión? Ridículo. Esas sensiblerías no parecen muy propias de la gran guerrera, tal y como lo está demostrando ahora en el patio de entrenamiento, atacando sin piedad a su contrincante.

Sus espadas de madera chocan con tanta fuerza que saltan astillas. La otra chica se protege con el escudo del incansable brazo, que no cesa de golpear, y en cada trancazo yo babeo al contemplar las sacudidas de las tetas de Sonia, exiguamente albergadas bajo un escueto peto que apenas le cubre el pezón, y sigo mirando embobada cada desplazamiento de ataque, que hace oscilar las tiras de cuero de la faldita, y descubre vestigios de ese culazo que desearía comerme enterito.

Finalmente, la otra chica recula acobardada hasta que cae al suelo. Sonia la desarma de una patada y pone el pie en el cuello de la vencida. ¡Joder! Me levanto aplaudiendo. ¡Esa es mi chica! Y avergonzada me vuelvo a sentar en el banquillo, cruzando las piernas y contrayendo fuertemente el deseo que empapa mis braguitas.

—Se acabó el entrenamiento —se me aproxima Sonia, sudorosa, pletórica... preciosa—. Como se acerca el día de los juegos, esta noche nos ofrecen un bañito en las termas para relajarnos. Espero que sepas dar buenos masajes —me guiña el ojo, sonriendo, y yo recojo sus armas con tembleque de rodillas. Por unos instantes había conseguido olvidar la angustia que me oprime el pecho cuando recuerdo el futuro que me aguarda en esos malditos juegos.

Bajo por las escaleras siguiendo a Sonia y a algunas otras chicas hacia los sótanos, donde se encuentran las termas. Tras una ducha, dejamos la ropa en el vestuario y, envueltas en toallas, pasamos a la sala principal.

Es como si nos hubiéramos colado en el decorado de una película de romanos... Entramos en un recinto amplio, con mosaicos formando dibujos de siluetas en blanco y negro en suelo y paredes. En el medio hay una gran bañera de roca. La fuente central la forman cuatro mujeres desnudas con cántaros volcados de los que caen finos chorros de agua caliente. Hay otras tinas más pequeñas a los lados, diversas camillas para masajes, bancos de mármol con bebidas y frutas exóticas... El aroma de las velas y los aceites esenciales armoniza con el ambiente relajado de la música de fondo.

En resumen, en las termas están mezclados todos los ingredientes para ser una delicia para los cinco sentidos. Sólo hay una cosa que me pone los pelos de punta. Las paredes tienen grandes espejos, y aun a riesgo de parecer paranoica, estoy convencida que tras esas paredes hay gente que nos observa.

Por fortuna Sonia se aleja del centro y nos situamos en la esquina más apartada de los espejos. Ya me he dado cuenta de que todas las mujeres están

desnudas. Pienso que el nudismo es algo de lo más natural, sobre todo en estos casos, sin embargo, cuando ella se quita la toalla para entrar en una de las tinas de sales aromáticas, no puedo evitar que se me corte el aliento. La observo en silencio durante un buen rato y por fin me decido a decirle algo.

—*Te... Te, ta* — me muerdo la lengua e intento pronunciar mejor—. ¿Te traigo una bebida o alguna fruta?

—No, no... Y te aconsejo que tampoco comas ni bebas nada de aquí, o en pocos minutos puedes acabar como éstas.

Miro hacia la bañera central y compruebo que el ambiente distendido se ha vuelto algo más turbulento y ni siquiera me había dado cuenta. Los inocentes juegos de las chicas, salpicándose unas a otras, se han convertido en auténticos sobeteos y lametones de tetas con intenciones más evidentes. Distingo el cabello rojo de Sussú, tumbada en uno de los banquillos. Junto a ella está Hulkie, que lleva una tajada de coco en la mano. Sussú abre las piernas y la rubia le mete el coco en el coño unas cuantas veces. Luego lo saca y se lo da a comer a otra de las chicas.

Ahora es cuando estoy totalmente convencida de que esta gente también cobra entrada para ver este espectáculo a través de los falsos espejos. Por lo que Sonia me ha dado a entender, las frutas y las bebidas deben contener sustancias desinhibidoras, y eso unido al ambiente, que predispone hacia el contacto placentero... pues obviamente al final esto ha derivado en una bacanal lésbica por todo lo alto.

Cuando me vuelvo, Sonia ya ha salido de la tina y me espera tumbada bocabajo en una de las camillas.

—Eh, tú, Patosa, deja de espiar a esas salidas, agarra uno de esos frascos de aceite y dame un buen masaje.

Obedezco sonriendo, a pesar de que me llame Patosa, pero es que estoy deseando tocarla. Su piel es tan cálida... Me esmero en hacerlo bien. Fricciono con energía sus hombros, sus muslos, su espalda... con mis dedos pulgares sigo la línea de su columna y mis manos se detienen en su zona lumbar, donde mis dedos rotan con vigor impregnados en aceite con aroma a vainilla. Su culo es firme y resplandece como recién pulimentado tras mis friegas con el óleo. Insisto masajeando sus nalgas prietas, y así, como sin querer, rozo de vez en cuando la rajita con los pulgares tarareando de manera inconsciente la canción que suena, *Sweet Child O' Mine*.

No es el ambiente tan caldeado, ni la música de jadeos y gemidos que me

envuelven. No necesito tomar ninguna substancia para estar tan excitada que las gotas de mis fluidos resbalen por mis piernas. Es ella la que me hace enloquecer. Toda ella huele a vainilla y se me hace la boca agua al pensar en morder ese culito con olor a bollito recién hecho, besar esas nalgas, llevar mi lengua hacia dentro de su...

—Vale, ya vale... —Sonia se da la vuelta carraspeando, se levanta y posa la mano sobre mi cabeza, revolviéndome el pelo—. No eres tan patosa como suponía, al menos esto lo estás haciendo muy bien. ¿Sabes que estás muy guapa con ese pelo tan corto? Oye... ¿Te importaría darme un masajito en los pies?

Noto como la cara se me enciende todavía más... Y si no estaba lo suficientemente sofocada, ahora esto...

Temo que el aceite arda en mis manos en una combustión espontánea, ya que la tengo reclinada en el banquito frente a mí, con su pie casi rozándome el coño, el otro pie en mis manos, las piernas ligeramente abiertas y mis ojos tercos, que insisten obstinados en no apartarse de la divina visión de su rajita, enmarcada por ese diminuto triángulo de vello oscuro.

Me obligo a dejar de mirar. Levanto la vista y veo a Hulkie, que jadea sentada sobre la cara de Sussú y la cabeza de otra chica morena se encuentra moviéndose entre las piernas de esta última. Vuelvo a agachar la vista, joder, esto no hay quien lo resista. ¡No puedo más! Cuando estoy a punto de abalanzarme a comerme las natillas dulces del coño de Sonia sin miramientos, ésta cierra las piernas y se levanta enfadada.

—Vámonos ya, que esto se está convirtiendo en una orgía salvaje. Venga, ¡Patosa, espabila! ¡Agarra tu toalla! ¿No me oyes? ¿Tú es que eres sorda o idiota?

No la entiendo... A veces parece que le gusto un poco y de repente cambia de actitud y vuelve a ser fría conmigo otra vez. Ahora está bien a gusto en su cama y a mí me tiene durmiendo en el suelo, aunque lo de dormir es un decir... esta será otra noche en vela.

Me gustaría contárselo a alguien, pero no puedo fiarme de Sussú, que se lo cotillea todo a Hulkie. Tengo que hacerme a la idea de que estoy sola y nadie va a ayudarme. Echo de menos a mis amigos, a alguien en quien confiar, a mi padre y a mi madre que, aunque no me hacen demasiado caso, sé que me quieren, aunque sea a su manera. Incluso echo de menos a Violeta, la Barbie esposa florero de papá, aunque no echo para nada a faltar su asqueroso

perfume de olor a lilas.

Lo que sí que tengo claro es que no voy a ser un espectáculo y acabar despedazada entre garras y colmillos. La madrugada del viernes intentaré escapar de nuevo, esta vez me descolgaré por el muro exterior, donde arraiga La Madreselva, aunque lo más probable es que acabe estrellándome contra las rocas del acantilado. La Madreselva... Creo que Sonia es como La Madreselva. Yo quiero aferrarme a ella para intentar aguantar, mientras ella se mantiene aferrada a la frialdad de estas paredes.

Y si no la entiendo a ella, menos me comprendo a mí misma. No me he sentido así por ningún tío. He tenido un par de novios e infinidad de amantes y jamás he sentido el deseo desesperado que estoy sintiendo por ella. Nunca me he sentido atraída por una mujer, aunque tampoco es que me haya sentido verdaderamente atraída por un hombre. Siempre he utilizado el sexo como un simple desahogo sin más, como el postre de una noche de fiesta, sin embargo, ahora es distinto. ¿Soy lesbiana? Pues no lo sé, y si así lo fuera... ¿Acaso eso importa? ¿Es tan importante poner una etiqueta a lo que sentimos?

Y no es el sexo en sí; si quisiera sexo, sé que aquí podría tenerlo con cualquier chica. Pero yo no quiero a cualquiera. La quiero a ella. Y no entiendo por qué.

Joder, el olor a vainilla llega hasta aquí y me está matando, necesito tocarme y aliviarme del calentón de esta noche.

—¿Dónde vas? —pregunta Sonia, encendiendo la lamparilla.

—Al cuarto de baño —contesto también secamente.

—Mira, niña, ya está bien. Quiero saber qué coño te pasa —se levanta de la cama decidida y me arrincona contra la pared—. Llevabas días con un comportamiento muy extraño, luego te meten en el agujero y aún no me has dicho por qué te castigaron. No vas a ninguna parte hasta que me lo digas

—¿Sabes una cosa? —Le doy un empujón y, por su cara de asombro, veo que no se esperaba esa reacción por mi parte—. Estoy hasta los cojones de ti. ¿Qué no voy a ninguna parte? ¡Voy donde me salga del coño! ¿Lo has oído?

Estoy tan furiosa e histérica que pierdo el control y sigo empujándola. Ella me sujeta una mano y yo con la otra me agarro a su pelo e intento morderla. Seguimos forcejeando hasta caer sobre la cama, donde Sonia se voltea, se sitúa sobre mí y consigue dominarme, sujetándome de ambas muñecas.

—¿Te vas a estar quieta de una puta vez o es que quieres que vengan las

vigilantes si oyen el jaleo? ¿Es que acaso quieres volver al agujero, idiota?

—Vale. Suéltame entonces, capulla, y me largaré de aquí.

—¿Y adónde irás? ¿Con Hulkie? —se ríe.

—Sí —le contesto decidida—. Cualquiera es mejor que tú, de eso estoy segura. Al menos no dormiría en el suelo.

Deja de reírse y, aunque sigue encima de mí, afloja las manos.

—¿Es eso? ¿Estás cabreada porque quieres dormir en la cama? Me mortifica verte en ese rincón del suelo —me susurra mirándome de una forma rara— y sé que piensas que soy una zorra por cómo te trato, pero es que no puedo dejarme llevar por sentimentalismos ahora; tú no lo entiendes... No puedo tenerte en mi cama, a mi lado, porque estarías demasiado cerca. Entonces no podría obligar a mis manos a que se estuvieran quietas y no te tocaran; ni podría retener a mis piernas, que huirían de mí para enredarse entre las tuyas; ni sería capaz de contener a mis labios, que abandonarían mi boca para fundirse con los tuyos; ni podría...

Rápidamente aprovecho el momento en el que acaba por soltarme las manos para girar, colocarme sobre ella y no dejarla hablar más...

... porque mis labios devoran los suyos.

Hambrientas, nuestras lenguas se encuentran y se batan en duelo con coraje, respirando nuestras mutuas exhalaciones agitadas. Nos separamos un poco y nos miramos sin aliento. Entonces, cuando va a hablar, le pongo suavemente el dedo en los labios y le susurro al oído:

—Shhhh... Calla. Eres mía... Esta noche eres toda mía... —y la vuelvo a besar.

Me excita un montón el hecho de tenerla debajo de mí, a mi merced, de llevar yo las riendas por una vez. Voy desabrochando despacio, uno a uno, los corchetes de su camisoncito rosa. Aunque me posee un ansia rabiosa por arrancarle la ropa a mordiscos y lamer su coño hasta hacerla gritar, me obligo a ir despacio. Quiero disfrutar sin prisas de cada palmo de su piel, hacérselo lento y que ella se inflame con mis caricias hasta que no pueda más.

Me siento para poder quitarme la camiseta y las manos de Sonia, que se incorpora también, se apresuran a arrullar mis tetas, rozando con los dedos mis pezones... mmmm... De forma instintiva, veo que saca la lengua, que se pasea suavemente por su labio inferior. Su lengua me reclama, así que allí acude mi boca de nuevo, pero esta vez nuestras lenguas se abrazan, bailan lánguidamente y nuestros labios se besan degustándose sin apremios.

Oh, Dios... Qué sensación, sentadas una frente a otra... abrazarme a su cuerpo y sentir sus tetas contra las mías, rozándose su piel y mi piel. Acariciar esos pechos grandes y sentir en mi boca su pezón rígido, retenerlo con mis dientes, rodearlo con la lengua, mientras con la otra mano acaricio el otro pezón para que siga igual de duro. Esta vez sé con seguridad que no estoy soñando, esto es real.

Guío la postura de Sonia hasta tenerla a gatas sobre la cama. Mis dedos se pasean por sus braguitas rodeando el encaje y compruebo cómo tiembla de deseo cuando la acaricio por encima de la tela. Noto que el tejido está empapado. Me sitúo detrás. Tiro del elástico de la cinturilla y acaricio sus nalgas.

—Mmmmm... Qué bien hueles... Estás para comerte... —le doy unos lametones y mordisquitos al culo, mientras una mano se me desliza hacia su pubis húmedo. Me abro camino hasta rozar cuanto apenas su clítoris y Sonia se estremece agitando su melena oscura—. Apoya la cabeza en el colchón y abre bien las piernas.

Entonces le meto poco a poco un dedo, y luego dos, mmm... tres dedos dentro del coño la hacen suspirar de nuevo. Los dejo ahí, quietos, aunque Sonia no se queda parada y empieza a mover sus caderas. Ay, joder, cómo me está poniendo verla así, su culito vibrante y las tetas bamboleándose al ritmo de sus sacudidas... Estoy tan cachonda que voy a ser capaz de correrme de forma espontánea.

Pero quiero hacerlo durar, que no se acabe, deseo seguir jugando... así que mi otra mano sigue acariciando su hermoso culo, abriendo las nalgas, para poder llegar con mi lengua al ano. Cada vez que las caderas acuden hacia mis dedos, mi lengua chupetea alrededor de su agujerito. Saco los dedos y, bien impregnados de sus fluidos, los llevo hacia atrás, lubricando su ano, tentando, poco a poco, hasta que cede dilatado, y el dedo entra. Mantengo el dedo corazón en el culo, vuelvo a meter tres dedos de la otra mano en su coño y Sonia reanuda su meneo de caderas. Cuando empieza a jadear más y a sacudirse, saco los dedos, me abrazo a su espalda y amaso con ambas manos sus grandes tetas oscilantes.

—No, cielo, no vas a correrte tan pronto. Aún no he terminado contigo. Date la vuelta y tumbate con las piernas flexionadas.

Me sigue extrañando que haga todo lo que le digo, callada y sin protestar. Puedo comprobar que está ansiosa, los ojos le brillan... Ah, Dios, está

preciosa... Tengo que volver a besarla.

No besamos de nuevo con pasión. Nuestras lenguas vuelven a jugar, hasta que la mía se fuga de su boca para esconderse entre sus piernas, dejando por el camino de su cuerpo un rastro de mi saliva en sus tetas, en su vientre y en sus muslos. Aaaaah... qué delicioso es su sabor... tan exquisito... Quiero volverla loca, calentarla tanto que su orgasmo sea un estallido arrebatado.

Mi lengua bandida inspecciona cada pliegue de su carne, examina cada recodo, merodea furtiva hasta que encuentra la puerta y finalmente consigue allanar la entrada, colarse por la rendija y robarle a Sonia suspiros y estremecimientos de deleite.

Cuando mi lengua comienza a conspirar el ataque final, mi víctima se me rebela. Sonia me sorprende apartándose de mí. Entonces veo que cambia la orientación de su cuerpo en sentido contrario y repta de espaldas acercando su cabeza hacia mí. Adivino lo que desea cuando me quita las braguitas y me rindo a su hábil maniobra que deja mi coño a su alcance, en un 69 urdido con toda premeditación y alevosía.

Me inclino de nuevo hacia su coño y noto sus manos en mi culo, bajando el mío hacia su boca. La calma deliberada de nuestras lenguas rodeando el clítoris es una refinada y succulenta tortura que nos infringimos mutuamente. Al final Sonia se decide por un ataque directo y la emprende a lametones. Cada lamida es una descarga de placer que me hace gemir y acabo corriéndome sentada sobre su cara. Mi corazón se desboca y, como suele sucederme cuando alcanzo un orgasmo apoteósico, se me tapa la nariz y he de tomar el aire por la boca.

Cuando consigo respirar de nuevo con normalidad, continuo mi tarea de comida de coño, ahora ya sin preámbulos, directamente al clítoris. Empiezo a lamer con suavidad, desde adelante hacia atrás, dando círculos. Sonia jadea, se agita de nuevo y mete los dedos en mi coño. Quiero conseguir que se corra en mi boca, pero no sé si voy bien. Poso entonces mis labios succionando el capuchón con suavidad y reteniéndolo mientras la punta de mi lengua se endurece y comienza a moverse vibrante.

—¡Así, mmmm... así, no te pares ahora! ¡Me corro, joder, me corro!

Se convulsiona y oprime mi cabeza con sus piernas y yo sigo lamiendo hasta que sus piernas se dejan caer lánguidas. Abandono su clítoris y lamo la entrada de su vagina. El sabor ha cambiado y es ahora algo más picante... mmmmm... seguiría comiendo coño toda la noche, pero ahora deseo verle la

cara. Me doy la vuelta; la veo sonriendo, satisfecha, y acudo a sus brazos que me acogen con cariño.

—¿Te has quedado bien? —me pregunta—. A mí casi me matas del gusto, cabrona. Me has puesto a mil. La próxima vez voy a sacar mis juguetitos y me vengaré de ti... Oye, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

—Sí, sí.... No. No estoy bien —y acabo contando todo entre hipidos, lagrimones y sorbidas de mocos.

—A ver, espera. No te líes. ¿Y dices que te enteraste de que planean tu muerte, escondida en un cuartito donde Bella estaba viendo un video en el que salía yo con mi novia? Empieza de nuevo y no te dejes nada.

Se lo explico otra vez, con todo lujo de detalles.

—Bien —me dice cuando acabo—. Todo esto es muy extraño. Y Lupe estaba en lo cierto... Es muy arriesgado para el centro.

—Lupe dijo que la jefa me quería muerta. ¿Qué ganaría Asunción con mi muerte?

—Oh, no, nena... Asunción es la directora, pero hay alguien más detrás, quien tiene la vara de mando en todo este negocio, alguien poderoso que se lleva sustanciosos beneficios. ¿Qué se ganaría con tu muerte? Pues no lo sé... Bueno, escúchame con atención. Prométeme que no vas a hacer ninguna tontería, como eso de intentar bajar por el muro. Sabes que acabarás con los sesos estampados en el arrecife. Júramelo.

—Sí, te lo juro...

—Perfecto. Y ahora mírame. Quiero que confíes en mí. No te va a pasar nada pasado mañana en los juegos. Déjalo todo en mis manos y no te preocupes más. No permitiré que te ocurra nada malo, ¿de acuerdo? ¿Está claro?

Es raro, pero la creo. Y noto un alivio inmenso, como si ya no estuviese en peligro. Me siento tan bien... Desde hace tanto que no me sentía tan, tan bien... así, tranquila y segura en sus brazos.

—Oí el escándalo anoche... —me dice Sussú en el comedor, a la hora del desayuno—. Te armó una buena la puta de Sonia, ¿eh? No, no digas que no, que lo sabe todo quisqui, oímos vuestros gritos y la pelea. ¿Te arreó? No te agobies... Mañana te librarás de esa cabrona. Hulkie se la va a cargar. Sonia es buena peleando, pero nadie ha ganado nunca a Hulkie. Le cortará la cabeza de un tajo, ya verás, tía... las apuestas van cinco a uno a favor de mi rubia.

Sonia es ya fiambre, tía, te lo aseguro.

Sussú se aleja con su bandeja y yo me quedo de piedra. Pensando en mi problema y en mi propia seguridad no me había planteado ni por un momento que Sonia corriera también peligro en los juegos. Sé que ha ido a hablar por teléfono, así que dejo mi desayuno y me dirijo hacia allí.

Hay un par de teléfonos pegados a la pared. Sonia habla por uno de ellos.

—Sí, cariño —la oigo decir, luego susurra—. Es importante que cambies el contenido. Exacto. Y me lo traes esta tarde. Sí, en una botella de mi perfume habitual. No, nadie sospecha. Nos vemos esta tarde, lo estoy deseando. Te quiero. Sí, mi amor. Te quiero, Ángela.

Me alejo de allí en silencio.

—Estás muy seria —me dice Sonia, sentándose a mi lado en la mesa del comedor a la hora de la comida.

—¿Por qué peleas?

—Pues... Es un buen medio de sacar pasta. Yo me llevo un buen tanto —me dice, encogiéndose de hombros.

—Pero es peligroso, ¿no?

—La vida es riesgo, y me gusta lo que hago... Me encanta el subidón de adrenalina. Esa es la droga que me coloca a tope.

—Pero puedes acabar mal y lo sabes, malherida, o muerta, en el peor de los casos. ¿Es que acaso eres estúpida? ¿Peleas por el dinero? ¿Y si te matan, para qué te servirá ese dinero? ¿Es que no razones con claridad?

—¿Pero tú de qué vas? ¿Vas a darme lecciones de moralidad? ¿Tú a mí? Vamos a ver... ¿Qué has hecho tú en esta vida que sea medianamente "razonable"? ¿Conducir a toda caña en tu deportivo de lujo? ¿Pasarte las noches de fiesta en fiesta, metida hasta el culo de coca, éxtasis o anfetás? Venga, dejémoslo, niña pija... Yo tengo que ganarme la vida, ¿sabes? ¿O crees que a mí me lo regalan todo? Vale. Ya. No vale la pena discutir por esto. Cada una vive su vida como quiere, y punto.

—¿Vas a ver ahora a Ángela, tu novia? —le pregunto con cierto retintín en mi voz.

—Vaya, vaya, vaya... Así que es eso, Patosa. ¿Acaso veo cierto atisbo de celos en esos ojitos verdes?

—Vete a la mierda —odio esa sonrisa socarrona en su cara, así que me voy a la habitación.

En lo más profundo de mi ser deseo que me siga, que siga discutiendo conmigo, que me mande también a la mierda, lo que sea, me da igual... pero que se quede a mi lado. Sin embargo, no lo hace. Esa tarde la pasará con su novia, follando, y yo me trago la hiel que me corroe la garganta, aguantando las lágrimas de rabia.

No llego a entrar en la habitación. Lupe y Bella me interceptan en el pasillo, me inyectan algo y se me llevan prácticamente a rastras.

"Pequeña estúpida... Al principio deseaba tu cuerpo, todas las noches soñaba con follarte, con hacerte un millón de cosas... Pero yo no he sido nunca lo bastante buena para ti, y te has atrevido a mirarme por encima del hombro, a despreciarme como si yo fuera escoria, a pesar de tratarte como si fueras mi amiga. Ahora me das asco. Eres una mierda y no te tocaría por nada del mundo. Sin embargo, voy a disfrutar mucho viendo cómo Hulkie te hace todas esas cosas que he ideado para ti... Voy a correrme de gusto viéndolo y te aseguro que estaré en primera fila para contemplar cómo los perros te despedazan, zorra. Esa será una experiencia multiorgásmica".

Ese susurro en mi oído me sigue volviendo loca... Ahora en la enfermería, los recuerdos se me enmarañan, sacudidos y revueltos en mi cerebro por la batidora de drogas que me han metido, pero esas palabras siguen martilleando ahí dentro. La capucha en la cabeza me impedía ver quien hablaba, pero no evitaba que oliera el perfume repugnante que desprendía esa mujer. Esencia de lilas, el perfume habitual de Violeta, mi madrastra. ¿Es Violeta quien está detrás de todo esto? Sin embargo, hay algo que no cuadra, algo que me desconcierta...

Perfume...

Y otro pensamiento que me trastorna todavía más se desliga de la madeja enredada de mi cabeza. El recuerdo de la voz de Sonia mientras hablaba por teléfono con su novia.

«Es importante que cambies el contenido. Exacto. Y me lo traes esta tarde. Sí, en una botella de mi perfume habitual. No, nadie sospecha».

Aterrada veo que Sonia está aquí, en la enfermería, mirándome. Quiero decir algo, pero no puedo. Me consuela la idea de que sea una alucinación, pero no lo es. Me dice que ha sobornado a una de las vigilantes para poder entrar. Me toca, sus manos me tocan, y me duele su contacto.

Estoy desnuda y la piel me arde. Desde dentro de una jaula en un extremo del foso, observo con horror los grandes colmillos de los perros que ladran soltando espuma, encerrados en las otras cinco jaulas situadas en el otro extremo. Hay una verja metálica que rodea el coso y en lo alto, en las gradas, el público ruge a mi alrededor y también enseña sus afilados dientes sedientos de sangre.

Quieren violencia, muerte... gritan y abuchean, por eso finalmente la organización ha suspendido el espectáculo de lucha de mujeres en el barro y retiran de la escena la enorme cuba con ruedas, llena de lodo. El duelo entre las guerreras adelanta su horario en la programación y a través de la verja veo que esta noticia disgusta a Sonia, que protesta contrariada. Asunción entonces me señala y le indica si acaso quiere que mi "número" vaya primero. Sonia se vuelve, me mira, le niega con la cabeza y finalmente entra en la arena, donde ya la espera Hulkie, que levanta los brazos blandiendo su espada y levantando ovaciones y vítores de la gente.

Con el corazón en un puño oigo los chasquidos al chocar las hojas, chasquidos de metal que me garantizan que esta vez no son armas de madera, sino espadas de vuelo con hojas de peligroso acero. Tras un buen rato de lucha no es necesario ser un entendido en la materia para ver que los golpes de la rubia son ofensivos y directos y que Sonia se limita a mantenerse en guardia y defenderse, bloqueando con el escudo o esquivando la trayectoria de sus golpes con hábiles movimientos.

Es evidente que Hulkie es mucho más fuerte, pero bastante más torpe y precipitada en sus movimientos. Sonia es más ágil y rápida. Es como estar viendo luchar a una bruta vikinga contra una elegante mosquetera, a una rinoceronte contra una pantera. La rinoceronte continúa su ofensiva atizando rudos golpes de espada a diestra y siniestra, avanzando en su ataque, y la respuesta de Sonia sigue siendo sortear los sablazos, evadirse y prácticamente evitar el combate.

La turba se impacienta de nuevo y brama reclamando más brutalidad.

—¿Qué coño te pasa? —Hulkie también parece ansiosa y respira con agitación—. ¿No peleas? Me estás huyendo como una cobarde y evitar una bronca no es propio de ti... Creo que has pasado demasiado tiempo con esa Patosa y se te ha pegado la ñoñería, aunque claro, eso no te lo reprocho... Anoche pude comprobar que tiene un hermoso coñito y un culo bien apretado,

ideal para meter mis juguetes. Imagínatelo... Utilicé mi arnés de doble penetración, con los consoladores más grandes... ¿quieres que te cuente cómo gritaba? ¿Quieres que...?

Sonia cambia por completo, como si hubiera despertado la fiera que lleva dentro... Aprieta los dientes y ataca entonces con la espada de forma directa, en un avance tan rápido como inesperado. Tras varios cruces, desvía la hoja adversa con un hábil movimiento circular y desarma a Hulkie lanzando la espada lejos de su mano. La hoja afilada de Sonia roza el cuello de su adversaria y por la salvaje expresión de su rostro estoy segura de que pronto la sangre de Hulkie bañará la arena. Sin embargo, la actitud de Sonia vuelve a sorprenderme, ya que, ajena a los clamores del gentío que reclama la cabeza de la rubia, se aleja de ella y se queda en posición de guardia, dejando que su rival recupere la espada.

Desde mi jaula tengo la impresión de que Sonia está haciendo tiempo, como si esperara algo, y también veo que los animales de las gradas están perdiendo la paciencia. Han pagado mucho para ver un espectáculo cruento y sólo están viendo una especie de baile inofensivo por causa de las evasivas de Sonia a pesar de los ataques de Hulkie. Veo que Asunción no se lo piensa más veces. Para volver a enardecer los ánimos y darle al público lo que desea da la orden a sus asistentes: mi jaula se eleva dejándome libre y las jaulas de los perros se abren también.

Sonia ve venir de frente a los feroces animales y salta hacia atrás, corriendo hacia mi encuentro.

—Tranquila, no se acercarán a ti —me asegura Sonia intentando tranquilizarme—. La undecanona que te apliqué creo que será efectiva; es el mejor producto repelente para perros, aunque lo tuve que diluir un poco para que no te abrasara demasiado la piel.

Hulkie, que está de espaldas, no los ve venir hasta que es demasiado tarde y uno de ellos ya se le ha lanzado al cuello. Los canes no le van a dar una segunda oportunidad, como hizo Sonia. En esta ocasión, a pesar de defenderse a sablazos y puñetazos, finalmente la luchadora cae sobre la arena en una tormenta de gruñidos, ladridos, colmillos y alaridos de dolor.

No quiero recordar lo que Hulkie me hizo... Ella no era buena persona, no lo era. Pero acabar así... Eso no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Cierro los ojos, no quiero verlo. Al final sus gritos ceden ante las dentelladas profundas. Los perros, excitados por la caza y la sangre nos ladran

desafiantes, pero de momento mantienen las distancias, aunque no sé durante cuánto tiempo permanecerá activo el efecto del repelente en mi piel.

Uno de los animales se decide y se acerca peligrosamente a Sonia, que lo ahuyenta de una patada. A mí no me queda saliva que tragar, el temblor de piernas hace que casi no pueda sostenerme en pie y creo que me he meado encima.

En ese momento en el que estoy a punto de desmayarme del terror, todo se descontrola en las gradas. Veo a la gente levantarse y correr, perseguidos por los agentes especiales del equipo de asalto. Los perros caen abatidos por los dardos tranquilizantes, y uno de los agentes que ha entrado en el coso se quita el casco y abraza a Sonia. Es Ángela, su novia.

—Recordemos que en la redada de la «Operación Espartacus» —operación en la que participaron varias agentes femeninas encubiertas— fueron detenidas más de ciento cincuenta personas, muchas de ellas conocidas por los medios de comunicación. La mayoría fueron puestas en libertad, aunque con cargos y a la espera de juicio. La directora Asunción Solbes; su mano derecha, Lupe Gracia y la auxiliar Bella Medina siguen en prisión preventiva, así como la conocida filántropa Violeta Sáez de Pereira, supuesta organizadora de todo este macabro negocio. Últimamente se ha averiguado que la propiedad del Centro "La Madreselva" estaba registrada a nombre de una sociedad fantasma, fundada por Violeta Sáez con fondos de sus programas de caridad. En un registro exhaustivo del centro se rumorea que encontraron grabaciones que demuestran la implicación directa de la principal acusada en numerosos delitos de abusos contra algunas de las chicas, aunque por lo pronto no hay nada confirmado ya que su contenido es secreto de sumario y...

Me levanto y apago la televisión.

Supongo que la Oso la ha jodido bien con su afición a grabar videos caseros... Lo que no entiendo lo de Violeta. ¿Fue por dinero? No creo que ese fuera el motivo principal. No necesitaba el dinero, pero sí el poder. Creo que Violeta era una zorra enferma de sadismo que montó ese centro para satisfacer sus bajos instintos a la par de sacar beneficios y tener así el control. Deshacerse de mí satisfacía ambos objetivos. Me odiaba por despreciarla y deseaba verme sufrir... Y, además, según me dijo mi padre, estaba obsesionada por tener un hijo. Al quitarme de en medio, se aseguraba de que su previsto vástago sería el heredero de todo el patrimonio de mi padre, al que

supongo que tarde o temprano, también se habría cargado sin pestañear. ¡Qué malvada, como las madrastras de los cuentos!

Me siento y me vuelvo a levantar, estoy muy nerviosa. Entre interrogatorios, reconocimientos médicos, declaraciones y gaitas, ya ha pasado más de un mes desde que hubo la redada y en todo este tiempo no he vuelto a ver a Sonia a solas, hemos hablado en alguna ocasión, pero siempre junto a un montón de gente.

Y hoy, por fin, viene a verme a mi apartamento del centro, un lugar alejado del hervidero de la prensa rosa en el que se ha convertido desde entonces mi casa.

Ahora sé que Sonia estaba en el centro porque una de sus confidentes fue encontrada muerta de una paliza en un callejón. La chica, meses antes de morir, ya le había hablado del centro de desintoxicación La Madreselva y de sus raras peculiaridades, así que Sonia y su compañera consiguieron infiltrarse para investigarles a fondo y lograr descubrir al cerebro del negocio: mi madrastra Violeta.

Sigo sin creérmelo... Sonia es policía... hay que joderse... ¿Cómo pude sospechar que ella era la mala de la película? Fue durante un momento sólo, pero se me pasó por la cabeza. Lo de la conversación telefónica, pidiendo que Ángela cambiara el contenido de su perfume me despistó, cuando lo que había en ese frasco no era esencia de lilas, sino la solución de undecanona, el repelente de perros, un producto no tóxico al inhalarlo, aunque bastante corrosivo que me llenó la piel de ampollas. No me quejo, que me salvó la vida. Ahora mi piel está limpia. Tras todo lo que pasé en ese maldito centro, estoy limpia por fuera y por dentro. Lo que me hizo Hulkie por orden de Violeta fue una herida que también ha acabado cicatrizando. No voy a darle más vueltas, lo pasado, pasado está.

Llaman a la puerta. Es ella. La veo y se me corta el aliento. Está espectacular, sin embargo, no parece la misma Sonia. Lleva puesto un traje—chaqueta oscuro con camisa blanca, lleva el pelo recogido y unos zapatos de tacón. La hago pasar, me da dos besos, decimos unas cuantas frases tontas corteses y finalmente se sienta enfrente de mí, retorciéndose las manos, bastante incómoda.

—Sí, ya lo sé. No es mi estilo ir vestida tan formal. Vengo de declarar en un juicio que se ha alargado demasiado. Pensé en ir a casa a cambiarme de ropa antes de venir, pero no quería llegar tarde y tenía ganas de verte y hablar

contigo... estaba deseando disculparme por mi comportamiento. Sé que estás pensando que debería habértelo contado todo, pero debes entender que...

—Sí, si lo entiendo. No te preocupes. La verdad es que fuiste bastante cabrona conmigo, con tus continuas zancadillas y burlas y...

—Eso formaba parte de mi papel y era, en parte, una manera de protegerte: si yo me metía contigo, no se meterían las demás. Pero no es por eso por lo que debo disculparme, es por lo otro... Lo que ocurrió entre nosotras. Ya me entiendes... Nunca debió haber pasado. Lo siento.

Era lo que me temía. El alma se me cae al suelo, me trago el nudo de mi garganta e intento serenarme y hablarle sin que me tiemble la voz.

—Sí, claro. Tienes a Ángela, tu novia. Oí cómo le decías que la querías cuando hablaste con ella por teléfono. No te preocupes, todo está bien... para mí tampoco significó nada más que un polvo. Estuvo bien, pero no fue nada trascendente —le sonrío tragándome la amargura.

—Ángela es sólo mi compañera. Decirle "te quiero" si la llamaba por teléfono era una contraseña, la señal para que el equipo de asalto actuara sin tardanza, que había una situación de emergencia. No te voy a negar que en ocasiones nos hemos acostado, tú nos viste, pero no es mi novia. Ella tiene novio y... bueno, nosotras no estamos enamoradas. Pero yo no tengo excusa, debí parar lo nuestro... Yo ya imaginaba que te sentías atraída por mí por una simple reacción psíquica como sistema de defensa en una situación hostil. Es un comportamiento muy natural. En casos así es normal que se desarrollen relaciones de complicidad o de atracción y lleguen a establecerse relaciones emocionales o sexuales que no son más que...

—¿Te quieres callar ya? ¿Me estás diciendo que lo que yo he sentido por ti no ha sido más que una especie de Síndrome de Luxemburgo?

—De Estocolmo —no puede evitar sonreír, la muy capulla.

—Pues mira, por mí que sepas que Estocolmo, toda la puta Península Escandinava y todos sus putos síndromes se pueden ir a la mierda, porque todo eso que has dicho no es cierto. Sé lo que he sentido, sé lo que sigo sintiendo por ti. No me digas que no fue real.

—Pero si me acabas de decir que no significó nada para ti —vuelve a sonreír burlona y me están entrando ganas de arañarla como no pare de cachondearse—, que sólo fue un polvo...

—¡Pues mentía! ¿Qué querías que te dijera? —me levanto del sofá crispada—. ¿Y para ti, Sonia? ¿Qué fue entonces para ti? ¿Sólo un polvo?

—Pues no... No fue sólo un polvo.

—Ah... ¿no?

—No. No fue sólo un polvo... porque fueron dos —se me acerca mucho más, demasiado—. Y ya sabes, no hay dos sin tres... Venga, no te enfades que sabes que me estoy quedando contigo, Raquel. Tus ojos se ponen mucho más verdes y brillantes cuando te cabreas, como los de una gata.

—Y... ¿Y ahora qué? —le susurro. Acostumbrada a que me llame por mi mote, que me llame por mi nombre real por primera vez me descoloca y mi enfado se disuelve como por arte de magia.

—Pues ahora...—me susurra también—. Ahora voy a besarte... Luego voy a desnudarte, me quitaré la ropa yo también y después, sobre esa alfombra, voy a acariciar tu cuerpo, a llenarlo de besos, a comerme esos pechitos lindos de pezoncito rosado y a hacer que tus ojos vuelvan a brillar, pero esta vez de deseo loco. Te voy a volver loca de placer porque voy a follarte como nunca te han follado: como folla una mujer con otra mujer, con las piernas entrelazadas, formando una tijera que va a cortarte el aliento cuando te mojes en mí y yo me empape en ti. Mis labios besarán los tuyos y esos otros labios también se besarán, y tú cerrarás los ojos, tu corazón se desbocará y te dejarás llevar por esos íntimos roces de tu clítoris contra el mío, y en ese vaivén cada vez más acelerado voy a sentirte mía y tú sentirás que soy toda tuya, hasta que en pleno frenesí te corras gritando mi nombre y se te tape la nariz.

Miau... Tras oír sus planes inmediatos, cualquier plan futuro deja de tener importancia en estos momentos en los que mis braguitas están empapadas. Ya analizaremos más adelante qué va a pasar, no tenemos prisa. Puede ser una locura o no. Tenemos todo el tiempo del mundo para conocernos y descubrir qué sentimos.

Mmmmmmm... Me besa con ardor y su mano acaricia mi culo bajo mi falda, así que me rindo y mi lengua responde a la demanda de su boca. Más tarde ya le comentaré que me he inscrito en la mejor academia para prepararme y opositar a Policía Nacional. Podríamos llegar a ser compañeras, como *Cagney y Lacey*, o como *Tara y Willow*, o como *Xena y Gabrielle*... ya veremos. Ahora, lo primero es lo primero... Mmm.